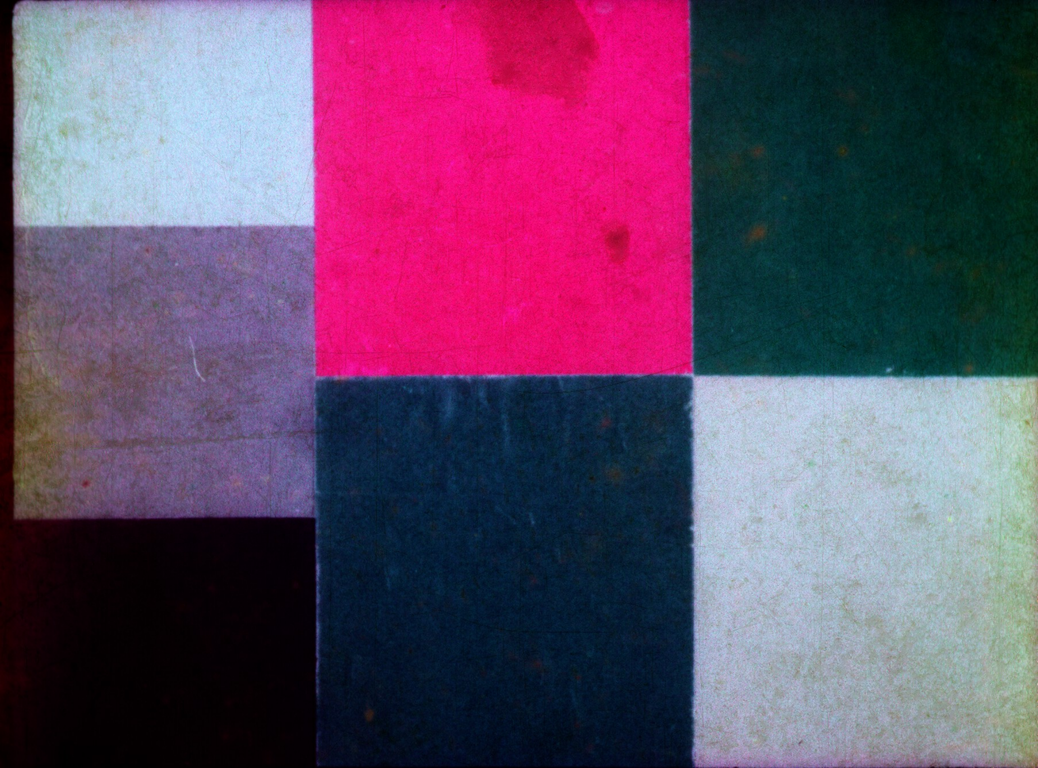


X 1976

6 0 5

ТУ 19-32-73

0

3


ДИАФИЛЬМ


GULIVER
EN EL PAIS
DE LOS
ENANOS

240 años atrás el gran escritor inglés Jonathan Swift escribió el libro «Viaje de Guliver, en un inicio cirujano y posteriormente capitán de varios barcos, por algunos países del Mundo.»

La vida intranquila de navegante era para Guliver algo que sentía de corazón.

Sobre uno de esos viajes cuenta este diafilm.



El 4 de Mayo del año 1699 una embarcación de 3 velas «Antilope» levantando el ancla en Bristole, navegó hacia el sur del océano. En la popa de la embarcación se encontraba parado Guliver, médico de a bordo y gran aficionado a los viajes. Muchos meses navegó el «Antilope» soplándole afortunadamente brisas favorables.



Pero una vez a los viajeros los alcanzó una horrible tempestad y en una de las oscuras noches el barco se precipitó contra los arrecifes destruyéndose totalmente. Sólo Guliver logró salvarse.



Llegó hasta un campo cubierto de un yerbaje muy bajo y blando, se tiró sobre el mismo y quedó profundamente dormido.



Al despertar cuando habia amanecido, Guliver trato de levantarse, pero no podia moverse, todo su cuerpo estaba amarrado a multiples estaquillas fuertemente aprisionadas a la tierra. «¡Seguramente todavia estoy dormido!»—penso para si Guliver.



De súbito, alguna cosa le subió por su pierna acercándosele a la barbilla. ¡Qué cosa más extraña!, un hombrecillo... pequeñísimo, pero un hombre de la actualidad con arco y flechas en sus manos.



Inmediatamente detrás del primero, sobre Guliver, se lanzaron aproximadamente cerca de 40 hombrecillos más.



Después de muchos esfuerzos Guliver logró liberar la mano izquierda. En ese mismo instante alguien fuertemente gritó: «¡disparen!» — y en el cuerpo de Guliver penetraron cientos de flechas puntiagudas.



Durante 2 horas estuvo acostado Guliver sin moverse, al poco rato sintió que las estaquillas a las cuales estaba amarrado su pelo se habían partido y levantando la cabeza vio delante de él a un hombrecillo con capa larga parado en una plataforma de madera.



El hombrecillo parecía ser el consejero del Rey y se dirigió a Guliver en un lenguaje tan extraño que éste no entendió nada. Por si acaso Guliver en movimientos de cabeza y de dedos le indicó que quería comer.



Después de unos minutos cientos de porteros comenzaron a traerle varios comestibles. Guliver de una sola vez se comió 5 bueyes fritos, 8 puercos y cientos de patos y de gallinas asados. Se tomó dos barriles de vino y se quedó profundamente dormido.

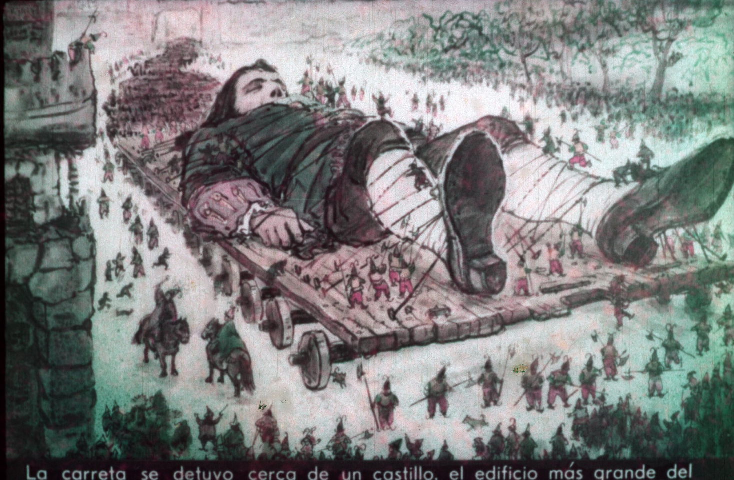
El país al que Guliver había llegado se llamaba «El País de los Enanos».

Los árboles más grandes en El País de los Enanos no eran más altos que nuestros matorrales más pequeños, las casas más grandes eran más pequeños que una mesa. Una persona como Guliver aquí jamás la habían visto.

El Emperador ordenó trasladarlo a la ciudad, para esto lo adormecieron echándole polvos narcóticos.



Mientras Guliver dormía, 500 carpinteros construyeron un inmenso carretón. Con la ayuda de 900 enanos más fuertes colocaron a Guliver en la carreta para trasladarlo y 1500 caballos lo condujeron a la ciudad de los enanos.



La carreta se detuvo cerca de un castillo, el edificio más grande del país. Aquí decidieron instalar a Guliver.



De pronto algo extraño se sintió Guliver en la pierna; eran herreros que lo ataban a largas cadenas (las cadenas eran tan largas que Guliver podía libremente pasear frente al castillo). Cuando los herreros terminaron su trabajo, ellos rompieron las cuerdas que lo ataban a Guliver a la carreta.



¡Ay! ¡Ay! — gritaron los enanos «¡Cubimbus Flestrín!» (esto en el idioma de los enanos significaba «el hombre—montaña»). Guliver avanzó cuidadosamente para no aplastar a algunos de los curiosos.



Jamás en la vida el había visto un país tan bello. Tan admirado estaba, que no notó como a su lado se aglomeraba casi toda la población de la capital.



Al poco rato ante él se presentó el mismo Emperador. Para verlo mejor Guliver se acostó sobre la tierra. El Emperador le preguntó algo a Guliver. Guliver no entendió la pregunta, pero por si acaso, le contó sobre si mismo en siete idiomas y el Emperador tampoco entendió nada.



Montándose en su caballo el Emperador se retiró y Guliver se quedo sentado frente al castillo siendo rodeado por cientos de miles de curiosos, algunos de ellos le lanzaban piedrecillas y otros dejaban caer sobre él múltiples flechas.

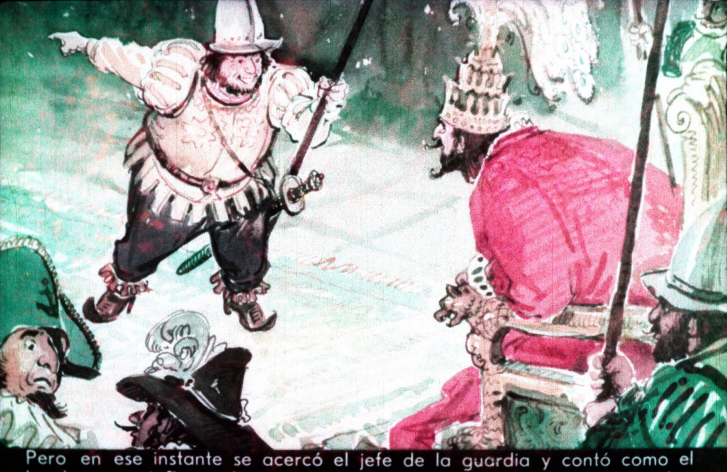


Por orden del jefe de guardia los enanos que habían violado el orden fueron amarrados y entregados al Cubimbus Flestrín. Esto fue para ellos el más horrible castigo, pero a Guliver le dio lástima y comenzó a liberar a los hombrecillos.

Mientras tanto el Emperador reunió el Consejo Secreto para decidir qué hacer con Guliver. Algunos expresaron que era necesario matarlo lo más pronto posible. Decían: «Si, por casualidad, el hombre—montaña rompe las cadenas y se suelta acabaría con El País de los Enanos y de no ser así lo llevaría al hambre». Otros dijeron que aunque el hombre — montaña comía mucho, era cierto que podía trabajar por 2000 enanos y en caso de guerra podía defender el país mejor que 5 fortalezas.



Entonces el Almirante de la flota dijo: «Y si en tiempo de guerra Guliver se une a nuestros enemigos, seremos vencidos, por eso es necesario rápidamente ejecutarlo». El destino de Guliver estaba decidido.



Pero en ese instante se acercó el jefe de la guardia y contó como el hombre—montaña cariñosamente había tratado a los enanos castigados. Su cuento admiró a todos y el Emperador anuló su decisión de ejecutar a Guliver.



Un año y medio vivió Guliver en El País de los Enanos y aprendió perfectamente el idioma de los enanos, los hombrecillos se acostumbraron a él de tal forma que no tenían miedo ni a bailar en la palma de su mano.



Incluso a los niños les gustaba jugar a los escondidos en el pelo del hombre—montaña.



De aburrido Guliver decidió construirse una mesa, sillas y una cama.
Los enanos le trajeron del bosque 1000 árboles de los más grandes. 27



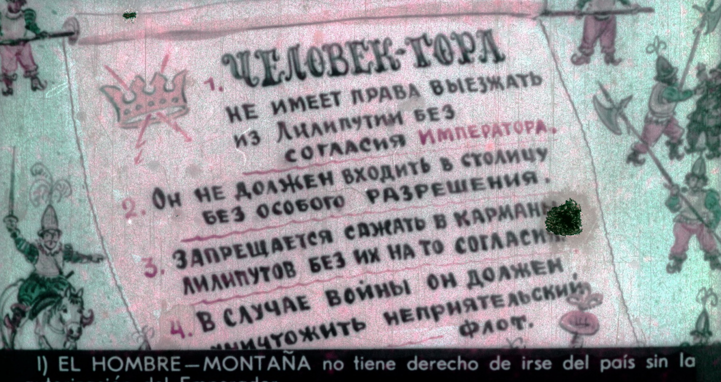
El almuerzo, la comida y el desayuno le preparaban para él 300 cocineros y se lo servían 120 enanos.



300 sastres tomaban las medidas del hombre—montaña para poder coserle un traje nuevo en lugar del viejo y roto que tenía.



Por muy bien que lo tratasen a él le era muy desagradable mantenerse encadenado por lo cual pidió ser liberado a lo que accedió el Emperador.



1) EL HOMBRE—MONTAÑA no tiene derecho de irse del país sin la autorización del Emperador.
2) No debe entrar en la ciudad sin permiso especial.
3) Se le prohibe meter en los bolsillos a los enanos sin el acuerdo de ellos.
4) En caso de guerra debe destruir a la flota enemiga.
Pero Guliver debía hacer un juramento y cumplir inviolablemente este decreto.



Guliver durante el juramento se agarró la pierna derecha con la mano izquierda y dos dedos de la mano derecha los colocó en la frente y el pulgar en la oreja derecha de acuerdo con las leyes existentes. Después del juramento le fueron quitadas las cadenas.



Una vez recibida la libertad, Guliver pidió permiso para ver el capital y dos horas antes de su salida el pregonero anunció que Cubimbus Flestrín (el hombre — montaña) se dirigía a la ciudad. El Emperador ordenó a todos que se metiesen en sus casas y no salieran a las calles.



Guliver se quitó el traje, para no causar algún daño a los curiosos con sus faldones y saltó sobre las puertas grandes de la ciudad.



No teniendo en cuenta la orden dada, en los techos y en los balcones había inmensa cantidad de observadores. Guliver con mucho cuidado caminaba por las calles.



El castillo del Emperador se encontraba en el centro de la ciudad. Allí en el Consejo Militar se discutía la cuestión sobre la guerra con el Imperio de la Isla Blefus al que fue invitado Guliver.



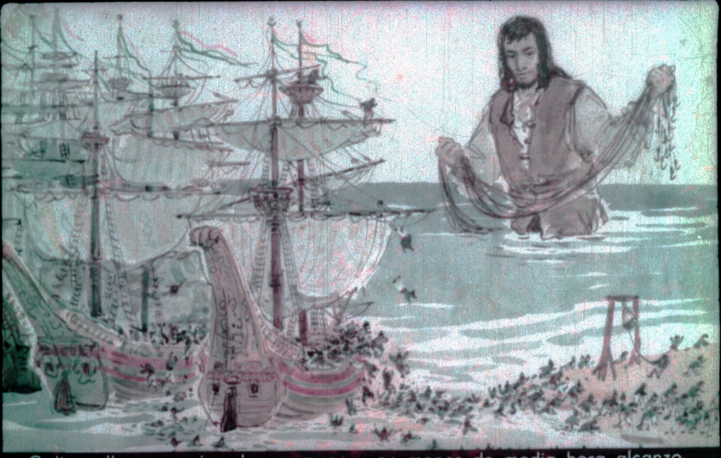
Claro que él no podía entrar en sala y entonces escuchó a través de la ventana. Le explicaron que los Blefusianos se preparaban para atacar El País de los Enanos y le pidieron su ayuda.



Después del Consejo Militar, Guliver se dirigió a la costa y se escondió detrás de una colina desde donde observaba a la Flota enemiga con un telescopio que casualmente había conservado después del neufragio. Contó aproximadamente 50 barcos de guerra.



De regreso al pueblo Guliver pidió una cantidad de cordeles fuertes y pedazos de hierros. Toda la noche se mantuvo trabajando sentado y por la mañana tuvo preparados 50 amarras con anzuelos en los extremos.



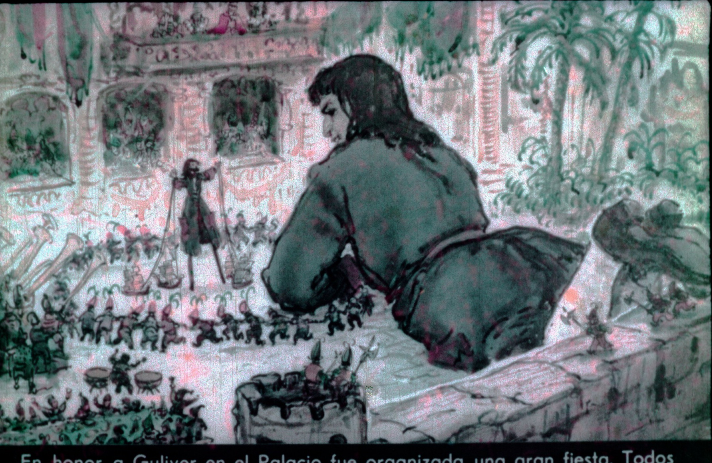
Guliver llevo consigo las amarras y en menos de media hora alcanzo llegar hasta la bahia donde se encontraba la flota de los Blefusianos. Al verlo sus enemigos quedaron tan sorprendidos y asustados que comenzaron a saltar de los barcos y nadaron hacia la orilla.



Guliver rápidamente enganchó las proas de los barcos con los anzuelos
y cortó las sogas de las anclas, llevándose consigo toda la flota.



Triunfantemente lo recibieron los habitantes del País de los Enanos: «¡Viva Cubimbus Flestrín!¡ Viva nuestro libertador!»—gritaron. El Emperador le otorgó a Guliver la mayor condecoración.



En honor a Guliver en el Palacio fue organizada una gran fiesta. Todos bailaban en las salas y Guliver estaba acostado en el patio apoyado sobre los codos y miraba con curiosidad como se divertían los enanos.



Después de la fiesta el Emperador le comunicó a Guliver que le encomendaba subyugar el Imperio Blefusiano. «Yo no estoy de acuerdo en esclavizar a un pueblo entero», —respondió Guliver.



El Emperador calló su cólera contra Guliver y muy pronto le fue revelado el secreto a Guliver por un enano, que le comunicó que por decreto del Emperador el otro día sería cegado.



Guliver decidió escaparse del País de los Enanos y refugiarse en Blefus. Cuidadosamente llegó hasta el muelle, eligió el barco más grande colocando sobre ello toda su ropa, y levó la ancla.



Los Blefusianos ya sabían como Guliver había intercedido por ellos y lo recibieron hospitalariamente. Entenderse con ellos le fue fácil porque los Blefusianos hablaban correctamente el idioma de los enanos.



Paseando una vez por las orillas del mar, Guliver vio como las olas empujaban hacia la orilla algo oscuro y grande. El corazón de Guliver saltó de alegría, lo visto era un bote que seguramente se había desprendido de algún barco bajo la tormenta.



Con la ayuda de los Blefusianos sacó el bote de agua e inspeccionándolo comprobó que no sería muy difícil repararlo y rápidamente se dio a la tarea.



Cuando ya todo estuvo preparado Guliver se dirigio al Emperador de los Blefusianos y le pidio permiso para abandonar la Isla: extranaba mucho a la familia y estaba esperando en encontrar algun buque en el mar que lo condujese a su patria.



El Emperador abasteció a Guliver de todo lo necesario y el día 24 de septiembre de 1701 el médico de a bordo Lemuel Guliver a quien le habían llamado en El País de los Enanos «El Hombre — Montaña», abandonó la Isla de Blefus.



Al tercer día de estar navegando Guliver vio un barco que atravesaba su camino. Guliver se puso a gritar y hacer señales. El bote fué visto por la tripulación del barco.



Por la tarde del 26 de Septiembre Guliver subió a bordo del buque, un buque real con personas iguales que Guliver, resultó ser un barco Inglés que regresaba a la patria.



Después de un pequeño descanso el Capitán le pidió a Guliver que le contase sobre él. Guliver de forma corta le contó sobre sus aventuras y enseñó varias ovejas y vacas enanas. «¡Esto es la historia más maravillosa del mundo!»—gritó el Capitán.



El 13 de Abril de 1702, Guliver llegó, a las orillas de la Patria natal donde lo esperaban su señora, su hija Betty y su hijo Jonny.



И 08—3—040